

ahora tengo que guardar ciertos miramientos con el mundo, y hay infinidad de ocasiones en que tengo que salir de los límites de la moderación. Si aumento mis austeridades, para librarme de estas ocasiones, caigo enfermo, y éntonces no podria llevar adelante mi resolución de volver á la soledad. »

LOS SANTOS NILO Y TEODULO, SU HIJO, SOLITARIOS ¹

Todo lo que vamos á referir de estos solitarios del Sina, asesinados por los sarracenos, lo hemos tomado de la narración del mismo san Nilo.

Era éste de una nobilísima familia de Constantinopla ², y tanto por esta condición, como por sus cualidades personales fué elevado á la dignidad de gobernador de esta ciudad imperial, cargo que desempeñó bajo el gran Teodosio y su hijo Arcadio. Contrajo matrimonio con una esposa digna de su mérito, tanto por su nacimiento como por sus virtudes. Todo le sonreía: tenia grandes riquezas: ocupaba un puesto distinguido: Dios habia bendecido su matrimonio dándole dos hijos, que podian sostener el esplendor de su casa, y ser el consuelo de su ancianidad, y entre él y su esposa mediaba esa unión estrecha que hace felices los matrimonios.

Pero Dios exigió de él sacrificios en que nadie habia

¹ Obras de san Nilo, Nicéforo, Pocio, Tillemont, don Cèillier, y Baillet.

² Tillemont, sin embargo, cree que era natural de Ancira, ciudad de Galacia en el Asia Menor, hoy Angora.

pensado, y que debian elevarle á una perfección muy diferente de la del estado que tenia en el mundo. Para ello le fué preparando con luces secretas que le hicieron conocer la vanidad de su prosperidad presente, y que le determinaron al fin á abandonar el siglo para retirarse á la soledad.

Cree Baillet que comenzaron á operarse estas mudanzas en su corazón por las predicaciones de san Juan Crisóstomo; pero en este caso es muy difícil conciliar el tiempo de su retiro á la soledad con la entrada de este santo Doctor en el gobierno de la iglesia de Constantinopla, si se quiere que sea aquí en donde le conoció y se hizo su discípulo. Lo que indudablemente aparece de sus escritos es que profesaba á este Santo Padre el mismo afecto que san Isidoro Pelusiota, á quién no cedia en la defensa de su causa, como más adelante veremos.

Hallándose san Nilo resueltamente decidido á dejar el mundo, necesitaba el consentimiento de su esposa, consentimiento que obtuvo por la sumisión que ésta siempre le profesó, por más que esta separación le costase muchas lágrimas, y le fuese tan dolorosa como la muerte. De esta manera fué muy grande el sacrificio de una y otra parte. Pero Dios tenia sus designios sobre san Nilo y su hijo, queriendo hacerlos víctimas de su amor. Para consolar el Santo á su esposa, le dejó uno de sus hijos, llevándose consigo al otro, llamado Teodulo, que participó de su cruz y de sus méritos.

El asilo que buscó para huir de los peligros del siglo fué el monte Sina, agregándose á los anacoretas que santificaban esta soledad con su vida enteramente celestial. Se desprende de su relato que los santos habitantes de este desierto habian conservado todo el fervor de los que le precedieron un siglo ántes, y que terminaron gloriosamente su vida con el martirio.

Nada tan edificante como el relato que hace de su género

de vida. « Unos, dice, moraban en pequeñas celdas, otros en cavernas formadas por la naturaleza, pero colocados á tal distancia, que pueden vivir en santa unión, y ayudarse en sus necesidades, sin que fuese la proximidad un obstáculo para el riguroso silencio que guardaban. »

« No practican todos la misma abstinencia, sino que ésta se halla regulada por las fuerzas de cada uno. Pocos comen pan: la mayor parte vive de frutos y yerbas crudas. Hay algunos que no toman alimento más que al fin de la semana: otros en medio de ella, y otros cada dos dias. La caridad que los une ahuyenta de aquel lugar la envidia. Los más adelantados en virtud, léjos de atribuirle á sus trabajos, la refieren á Dios, y los que se hallan más retrasados en la perfección no lo atribuyen á la debilidad de sus cuerpos, sino á su negligencia. De este modo se conservan todos, y se sostienen en los sentimientos de una verdadera humildad. Para practicar mejor esta excelente virtud huyen del comercio con el mundo, no queriendo tener otro testigo de sus acciones que al mismo Dios, tanto para que los aplausos de los hombres no les sirvan de recompensa, como para no tener que agradar más que á Dios. »

La pobreza de que hacen profesión iguala á su abstinencia. Así como entre ellos no se conocen los refinamientos del gusto, tampoco se conoce la imágen del Cesar grabada en la moneda. No se habla allí ni de comprar ni de vender. Dan, y reciben gratuitamente, y se socorren unos á otros sin más motivo que el de la caridad. Todos los domingos se reúnen en la iglesia, tanto para practicar los divinos misterios, como para animarse mutuamente con santa conversación, y para que un retiro demasiado prolongado no engendre el olvido y debilite la caridad, convirtiéndolos en salvajes. »

Estas piadosas conferencias que tienen entre sí son muy

ventajosas para su alma, y especialmente para los jóvenes: pues los animan á combatir sus pasiones, ya que no tienen otras tentaciones que sufrir que las del espíritu. En ellas se recomienda la mortificación de los sentidos, y sobre todo de la lengua, el trabajo, la renuncia á la vanidad, al orgullo y al amor propio, y la práctica de todas las demás virtudes. Como el país que habitan es célebre por las gracias que en él dispensó el Señor á su siervo Moisés, y por haber servido de refugio al profeta Elías, cuando tuvo que huir de la persecución de la impia Jezabel, procuran los religiosos imitar el espíritu de estos santos varones, la dulzura y la humildad de Moisés, y el fervor de Elías. Léjos de imitar las murmuraciones de los israelitas, que manifestaron su disgusto por el alimento que Dios les mandaba desde el cielo, y que no pudieron soportar la ausencia de Moisés durante los cuarenta dias en que Dios le dió su ley en la montaña, olvidando los beneficios y prodigios que les habia dispensado, y entregándose á la impiedad, estos santos solitarios no buscan la delicadeza de los alimentos, ni desean lo superfluo; ántes por el contrario, se privan hasta de lo necesario, y no piensan en otra cosa que en adelantar en la virtud. »

Pues bién, para habitar entre estos santos, cuyo magnífico elogio traza, es para lo que deja Nilo todo cuanto más estimaba en el mundo, todo lo que más podia halagarle: su mujer, su hijo, sus parientes, sus amigos, su dignidad, sus riquezas, y abraza un género de vida enteramente opuesto á su anterior estado. Escoge para morada la misma montaña de Sina, con abjeto de vivir entre los anacoretas: pues además de estos santos ermitaños, habia un monasterio en que vivian en común otros religiosos, y en que comian á las tres de la tarde, como aparece de un hermano, que condenaba el trabajo manual, y del que ya hemos hablado en la Vida de san Silvano.

San Nilo llegó á un desprendimiento tan absoluto de todas las cosas, que, escribiendo á un obispo llamado Aristón, para mostrarle su reconocimiento por las gracias que de él habia recibido, le confiesa que, no hallándose en estado de recompensarle sus beneficios, dejaba al cuidado de Dios el remunerarle con usura todo el bien que le habia dispensado. Igualmente se aplicó á la práctica de todas las demás virtudes; como se desprende del don de profecía que Dios le comunicó, de los tratados ascéticos que compuso, y de las numerosas cartas que escribió. Era muy favorecido de Dios, y su virtud le daba una gran autoridad sobre los espíritus, autoridad de que se servia muy ventajosamente para la gloria de Dios y el bien de las almas. De esta manera hacía en la montaña de Sina lo que san Isidoro hacía en Pelusa, pudiendo ambos ser considerados como dos astros que Dios habia colocado en el desierto para ilustrar al mundo desde el fondo de la soledad.

Es de presumir que el abad Silvano, de quién hemos hablado en el capítulo anterior, era superior de Sina, cuando san Nilo se retiró á esta montaña, hácia el año de 390. Vivió mucho tiempo en el reposo de su soledad, gustando en su retiro de esa paz inefable del alma que es fruto de las virtudes y de la pureza de conciencia. Pero no por eso dejó de luchar con el maligno espíritu, que le presentó todo género de combates. Unas veces entraba en su celda produciendo ruidos y silvidos espantosos: otras veces aparecía bajo la forma de bárbaros en actitud de matarle, ó de bestias feroces que amenazaban devorarle. En ocasiones producía resplandores espantosos, ó daba terribles sacudidas á su celda para turbarle y espantarle. Pero todas estas artes las despreciaba el Santo, y escribía á otros religiosos que sufrían las mismas tentaciones, animándoles á que no se espantasen ni temiesen, sino que las despreciasen y se fortaleciesen contra este espíritu con las armas de la ora-

ción, y de la fé, y con el signo de la cruz que los disiparía como humo.

Hemos visto en muchos pasajes de esta obra, que desde que los solitarios poblaron los desiertos para practicar la perfección evangélica, les atacaban con mucha frecuencia los demonios no sólo interior, sino también exteriormente, con apariciones y figuras espantosas. A veces los maltrataban cruelmente, permitiéndolo Dios así para ejercitar su paciencia y acrecentar sus méritos. No hay duda que debieron haber tratado de esta manera á san Nilo, porque despues de decir á los solitarios Laurencio, Fausto y Epínico, que los demonios se esfuerzan en causar espanto con visiones fantásticas, y de animarlos á despreciar estas amenazas y á emplear las armas de la oración y de la fé, añade que él mismo sufría estos ataques, y aún mayores. En otra carta dirigida á los expresados solitarios, dice terminante mente, que los demonios le han herido en más de una ocasión.

Pero estas persecuciones exteriores no le impresionaban, porque sabia que no podían perjudicar á su alma, y hallándose sostenido con la gracia divina, no eran más que estériles esfuerzos de los espíritus infernales, en que estos, aumentado sus propios tormentos, sufrían mucho más que él: pues que le proporcionaban un medio eficazísimo de merecer las recompensas del cielo. Era, pues, insensible á estas vejaciones; pero no así, cuando se trataba de los intereses de Dios y de la Iglesia. Su alma se penetraba del más vivo dolor, y no podía ver, sin que su corazón se desgarrase de amargura, que Dios fuese ofendido, y la Iglesia perseguida en la persona de los santos mártires. Entónces quebrantaba su silencio, hablando con santa libertad, y no mirando más que la gloria de Dios, se elevaba sobre todas las consideraciones humanas.

Así lo manifesto de una manera especial en la perse-

cución que sufrió san Juan Crisóstomo. Habiendo sido desterrado este santo doctor de Constantinopla en 404, y relegado á Cucusus, no pudo ver san Nilo con ánimo tranquilo la injuria que se hacia á este santo varón, y en su persona á toda la Iglesia, bajo el emperador Arcadio. « Habeis desterrado, le dice, á Juan, obispo de Bisancio, y una de las luces más brillantes de la tierra, y lo habeis desterrado sin motivo y contra toda justicia, dejándoos llevar de suma ligereza por las insinuaciones de obispos que carecen de los sentimientos que debieran tener. Y lo más triste es, que, habiendo privado á la Iglesia católica de un Doctor, que tan santas y puras instrucciones daba al pueblo cristiano, os mostrais insensible á vuestra falta. »

Sabidas son las desgracias que sobrevinieron á Constantinopla y á toda su comarca despues del destierro de san Juan Crisóstomo. El mismo dia de su partida fué consumida la iglesia y gran parte de la ciudad por fuego bajado del cielo. Pocos meses despues fué asolado todo el pais por una terrible granizada : la emperatrix Eudoxia, la más implacable enemiga del Santo, compareció ante el trtbunal de Dios, y en su tumba tuvieron lugar espantosos sacudimientos.

Horrorizado Arcadio con estas señales inequívocas de la cólera divina, ocudió á san Nilo, el cual le respondió con la misma energía que ántes. ¿ Como pretendéis, le decia, que se vea Constantinopla libre de terremotos y del fuego celestial, cuando en ella se cometen tantos crímenes : cuando domina la injusticia, y cuando se ha desterrado al bienaventurado obispo Juan, columna de la Iglesia, luz de la verdad, y oráculo de Jesucristo ? ¿ Como me pedís vuestras oraciones para una ciudad, á que la cólera divina agita con espantosos terremotos, y sobre la cual caen á todas horas rayos del cielo que amenazan destruirla ; mientras que mi corazón se consume por el fuego de la

aflixión, y mi espíritu se encuentra conturbado á causa de los excesos que se cometen en Constantinopla ? »

En otras cartas hace también la defensa de san Juan Crisóstomo, en las cuales dice, que, levantándose contra los pecadores, imitaba á Jesucristo : que los que le acusan de haber obrado con excesivo celo, debian hacer la misma acusación á san Juan Bautista, y que los obispos que sorprendieron al emperador Arcadio para arrancarle la órden de destierro, no lo perseguian por otra causa, que por odio y envidia á su virtud. Por último, escribiendo á Severo, que habia sido prefecto de Constantinopla, dice, que, despues del destierro del santo Doctor habian sido visiblemente castigados por Dios muchos de sus enemigos, los cuales confesaron con lágrimas de compunción que habian cometido un grande pecado contra este varón justo.

El mismo celo que le hacia tomar con ardor la defensa del santo Obispo, le impulsaba á combatir el error y á sostener la pureza de la fé, y dió motivo á las excelentes cartas, que demuestran hallarse tan versado en la doctrina de la Iglesia sobre la fé, como en la relativa á la santidad de las costumbres. Más adelante nos ocuparemos de su doctrina espiritual.

Reprendia algunas veces á los pecadores con una energía verdaderamente evangélica, dirigiéndoles severas exhortaciones, y amenazándoles con el rigor de los castigos eternos. Con la misma fortaleza condenó las violencias y la avaricia de algunos obispos. Predijo á algunos personajes constituidos en puestos elevados de que abusaban, los castigos que merecian sus crímenes. Así es que, escribiendo á Licurgo, una de las personas de más elevada dignidad del imperio, y que se daba el título de *ilustre*, le hacia ver cuán vana y ridícula era su desmedida pasión por las riquezas que pretendia dejar á uno de sus parientes, ad-